

María es *fin de la creación*, es decir, que es más amada de Dios que todas las criaturas juntas. Todo lo que Dios hace para María es a sus ojos muy inferior a María. ¿Cuál será la conclusión de esta verdad? El amor que Dios siente por la criatura es la medida de sus dones. María, en el momento de su concepción, era más amada de Dios que el conjunto de las demás criaturas; las gracias comunicadas a los ángeles y a los hombres, los méritos acumulados por los espíritus celestiales y los santos se hallan reunidos en el alma de María, en el primer instante de su existencia, por una dignación de la bondad divina que quiso mostrarse con Ella soberanamente magnífica. Y ved el tesoro inmenso que María debía hacer fructificar; así que, la santidad, en lo que ha tenido o tendrá de más elevado en las demás criaturas, será para María como el punto de partida de sus ascensiones hacia Dios.

¡Oh maravilla de la liberalidad divina! ¡Oh grandeza de la misericordia de Dios!

María es *fin de la creación*; mas ¿no es esto decir que la debemos amar con un amor particular, correspondiente a sus prerrogativas excelsas y a su santidad, que toca las fronteras de lo infinito?

El amor de Dios debe ocupar, es claro, el primer lugar en nuestro corazón, anteponiéndole a todo otro amor, incluso al amor de nosotros mismos, puesto que Dios es el Bien soberano y nuestro último fin, y cada una de estas razones impone un amor sumo.

María ha sido elevada a la dignidad de *fin secundario*; ¿no deberá, pues, revestir ese mismo carácter el amor que tan alta dignidad reclama? Así parece dictarlo el buen sentido y la razón,

IV

Relaciones del reinado de Jesús y María en el Santísimo Sacramento.

Es evidente que, siendo inseparables la maternidad de María y la filiación de Jesucristo, por necesidad tienen que encerrarse en un mismo dogma la Eucaristía y María Inmaculada. Partiendo, pues, del principio inconcuso de que la causa de la carne y de la Sangre de Jesucristo fué María Stma, su Madre, se ve con entera claridad cuan verdadera es aquella acepción de los teólogos de que Jesucristo ha venido al mundo por medio de María, formando así la Madre de Dios parte integrante en el plan de la Redención. Y al fin que comprendieran los mortales los derechos intrínsecos de la Maternidad divina y la parte que tenía María Inmaculada en nuestro remedio, el Verbo divino no quiso encarnarse de las entrañas de la Virgen sin que ésta diese su consentimiento. Por consiguiente, si hubo Encarnación, debido es al consentimiento de María; si existe la Eucaristía, es decir, este Sacramento, renovación continua de la Encarnación, debido es también al consentimiento de María, pues lo que realmente se contienen en el Sacramento del altar en virtud de la consagración, es, sin duda alguna, el mismo Jesús en persona con